

J. PUJOL, M. GONZÁLEZ DE MOLINA, L. FERNÁNDEZ PRIETO, D. GALLEGO y R. GARRABOU, *El pozo de todos los males. Sobre el atraso en la agricultura española contemporánea*, Crítica, Barcelona, 2001, 280 pp.

Como es bien sabido, la historia económica tuvo un despegue tardío en España en comparación con otros países como Gran Bretaña o Estados Unidos. Este desfase tiene una de sus explicaciones fundamentales en el propio estancamiento que experimentaron los estudios de economía en España. El espectacular despegue que desde los años sesenta, y sobre todo setenta, tuvo la disciplina, vinculado al rápido incremento del número de las Facultades de Ciencias Económicas y Empresariales en la universidad española, puso en el centro del debate la cuestión del atraso económico español y sus causas. Inicialmente casi pareció existir unanimidad en señalar al sector agrario como responsable prácticamente único de aquél. La insuficiencia de la demanda agregada como consecuencia de la baja productividad de la agricultura habría generado un mercado pequeño para la industria moderna, lo que no le permitió un despegue suficientemente vigoroso. Aunque esta visión ha sido matizada en las dos últimas décadas y otras explicaciones han surgido para aclarar las causas de la lenta y tardía industrialización española, todavía hasta nuestros días permanece en buena parte de éstas como un elemento central el «atraso agrario».

Es precisamente contra este paradigma contra el que está escrito el libro que aquí comentamos, como muy gráficamente aclara su propio título. Esta obra es, además, heredera de una joven tradición en la historia agraria, que desde mediados de la década de los ochenta ha tratado de impulsar un plan de investigación, nucleado en torno al Seminario de Historia Agraria (SEHA), sobre la historia agraria española. Desde este ámbito se ha acabado configurando una visión mucho más optimista del crecimiento agrario español hasta la guerra civil, resaltándose sobre todo los avances logrados en contraposición a la visión de la agricultura como clave de la pobreza española.

Mi principal reserva y objeción al libro aquí reseñado es precisamente el no acertar a la hora de configurar lo que entiendo que debería haber sido una reinterpretación del sector agrario español entre 1800 y 1936 a la luz de los avances de la historia agraria en los últimos veinte años. En el más claro antecedente que hay a este libro, los tres volúmenes de la *Historia Agraria de la España Contemporánea*, editados también por Crítica en 1985-1986, había cuatro introducciones (una en cada uno de los dos primeros volúmenes y dos en el tercero que firmaban sucesivamente Angel García Sanz, Ramón Garrabou y Jesús Sanz, José Ignacio Jiménez Blanco y Carlos Barciela) que trataban de explicitar el incipiente nuevo paradigma sobre el desarrollo de la agricultura española. Aquí, por el contrario, se gasta mucha pólvora, más de la debida, en replicar las posiciones de autores, que en muchas ocasiones no están suficientemente identificados, y quizás bastante menos de la necesaria en explicitar las principales líneas interpretativas del desarrollo agrario español desde esa visión renovada. Al ser un libro colectivo, este juicio

general debe matizarse lógicamente para cada parte. En mi opinión son precisamente los artículos que más se esfuerzan en construir el nuevo paradigma, los de González Molina y Gallego, los que aportan más, mientras en los demás se echa en falta esa visión más compacta sobre los respectivos temas que abordan.

Al margen de esta observación general, creo que el principal valor del libro es que las preguntas que plantea son en general trascendentes y relevantes. De alguna forma nos encontramos con una guía de casi todos los temas claves para entender la evolución de nuestro sector agrario desde comienzos del siglo XIX hasta la Guerra Civil.

El marco temporal elegido se ciñe al privilegiado por el debate historiográfico general y en este sentido es una opción razonable, aunque olvida los antecedentes, especialmente el interesante siglo XVIII, y evita generalmente las referencias hacia adelante, que en algunos casos pueden ayudar a entender la resolución de algunos problemas.

La última cuestión que quiero abordar en este comentario de carácter general tiene que ver con el concepto de «atraso», su utilidad y su tratamiento en el libro. En la historiografía española «atraso» ha ido muy frecuentemente vinculado al concepto de «fracaso». El atraso español era así visto como si en una perspectiva de ilimitadas posibilidades de crecimiento la toma de decisiones no adecuadas o ciertos rasgos estructurales, hubieran impedido la convergencia con las economías desarrolladas. El lamento por el fracaso surgía, además, en un contexto de crecimiento extraordinariamente rápido tras las probablemente décadas más negras de la historia contemporánea española. Desde este libro se quiere dar un toque de atención a una utilización del concepto de atraso en este sentido, lo que comparto plenamente, pero en general se va mucho más lejos y se pretende negar al propio concepto de «atraso» cualquier virtualidad explicativa y referencial de la economía española. «Atraso» hay que entenderlo siempre en términos relativos y en este sentido no cabe ninguna duda de que la economía o la agricultura españolas estaban en los años treinta del siglo XX atrasadas con respecto a los países que más profundamente habían transformado sus economías.

Josep Pujol es el autor del primer trabajo del libro, «La historiografía del atraso o el atraso de la historiografía», en él que se realiza un repaso a distintas posiciones que sobre el tema del atraso y el papel en él del sector agrario han existido, repaso sintético y útil, pero en el que a mi juicio algunos adjetivos no añaden nada y le dan un tono innecesariamente ácido. Desde mi punto de vista es en sus conclusiones donde surgen las cuestiones más interesantes y a la vez polémicas. La primera de ellas es el papel de las variables institucionales. La constatación de que su comportamiento puede enmarcarse plenamente en el europeo más general no cierra el debate sobre su incidencia en la evolución del sector agrario. Me atrevo a afirmar que otro comportamiento podía haber permitido un mayor crecimiento del sector contra el parecer del autor que relativiza esta posibilidad, coincidiendo eso sí con él en que la contribución del sector agrario español al desarrollo económico general tenía que ser diferente que la realizada en los países del norte, dadas las condiciones naturales, mercantiles o sociales.

El artículo de Manuel González de Molina, «Condicionamientos medioambientales del crecimiento agrario español (siglos XIX y XX)», creo que es una excelente síntesis de los problemas ecológicos a los que se enfrentaba el desarrollo del sector. Se explica con precisión cómo la productividad natural de la tierra en la agricultura española está

fuertemente condicionada por el régimen pluviométrico (precipitaciones totales, su distribución y regularidad) y cómo el regadío permite su corrección y es la más segura vía para su incremento. Se integra, además, adecuadamente en este esquema el papel jugado por la fertilización y las posibilidades en el secano de diversificación hacia cultivos leñosos, en el contexto de una reinterpretación del modelo de desarrollo agrario del siglo XIX en la que a mi juicio la variable trascendental que falta por incluir es el factor trabajo. También se echa de menos alguna referencia al papel jugado por los obstáculos orográficos, que en algunos trabajos recientes han sido objeto de análisis.

El tercer capítulo, que viene firmado por Lourenzo Fernández Prieto, «Caminos del cambio tecnológico en las agriculturas españolas contemporáneas», plantea como uno de sus objetivos principales «desmentir» el atraso tecnológico de las agriculturas españolas y buscar una senda española de la innovación. Para ello se hace un repaso de la adopción de innovaciones en la agricultura española, muy centrado en el primer tercio del siglo XX y que consecuentemente se refiere escasamente al siglo precedente, que aporta abundantes evidencias que contradicen una imagen tópica de inmovilismo en el medio rural. La cuidadosa inserción en el análisis de las variables institucionales es sin duda uno de los valores más destacados de este trabajo. Sin embargo, el carácter excesivamente prolijo y detallista del texto si bien tiene el mérito de mostrar numerosas evidencias cualitativas, peca de ausencia total de las evidencias cuantitativas, imprescindibles para evaluar el cambio tecnológico experimentado. Seguramente no es casual la opción elegida visto el comentario, con el que disiento, de la página 145 en el sentido de la imposibilidad de estudiar de forma agregada el cambio técnico «en unos contextos ambientales y sociales tan diversos». Ello impide, además, que frente a la crítica a una serie de posiciones sobre el cambio técnico en la agricultura española se plantee una alternativa compacta que integre los resultados alcanzados en las investigaciones, en muchos casos de carácter micro.

El trabajo de Domingo Gallego, «Historia de un desarrollo pausado: integración mercantil y transformaciones productivas de la agricultura española (1800-1936)», pienso que es el más atrevido de este volumen en el sentido de que trata de articular con nitidez el paradigma revisionista sobre el desarrollo agrario español contemporáneo. Las variables productivas, mercantiles, medioambientales, institucionales y sociales son integradas en un discurso en el que en lugar de ponerse el énfasis sobre las causas del atraso, o la negación de éste, se gira hacia la explicación del relativo «éxito» que ha tenido la economía o la agricultura española, en la medida que realizó una serie de transformaciones hasta la guerra civil que permitieron, una vez superados los problemas de la postguerra, culminar el proceso industrializador español. El esfuerzo comparativo realizado con otros países añade también valor al trabajo. El argumento principal se organiza en torno a la idea de que el crecimiento agrario hasta la guerra civil, aunque puede parecer lento en una perspectiva comparativa con algunos países del norte de Europa o Norteamérica, fue razonable dados los condicionamientos medioambientales, sociales y de demanda a los que se enfrentó el sector. La formación del mercado interior y la inserción internacional de la agricultura española cobran un papel protagonista para explicar, conjuntamente con la aridez de buena parte de la Península o la baja capacidad de succión de población desde los núcleos urbanos, el modelo de desarrollo agrario seguido, en el que la intensificación mediante las roturaciones de espacios previamente forestales y la orientación hacia los cultivos leñosos jugaron un papel determinante en el siglo XIX. Con cierta discordancia con otros trabajos del libro, se admite aquí que los modelos de sociedad imperantes en

algunas zonas rurales pudieron jugar en contra del crecimiento agrario e industrial del país.

Se cierra el libro con un artículo de Ramón Garrabou, «Crecimiento agrario, atraso y marco institucional», centrado sobre el posible peso de las variables institucionales en la explicación del desarrollo del sector agrario en España. Dos argumentos destacan en el trabajo y constituyen las aportaciones más relevantes del mismo. En primer lugar, relativizar las posibilidades de intervención pública hasta las últimas décadas del siglo XIX, dados los principios liberales que tenían los gestores del Estado y que sólo tras la depresión agraria comenzaron a ser transgredidos en la práctica. En segundo lugar, mostrar que el tipo de intervención que se llevó a cabo en España no fue distinto al de otros países europeos, aunque desde mi punto de vista no hay una evidencia empírica suficiente de que su grado o impulso fuera el mismo. Una misma dirección pero con menos recursos o compromiso pudo conducir a resultados diferentes, y en este sentido aunque el tipo de intervención pública no explique por sí mismo los resultados de la agricultura española, sí que permite un mayor margen de discusión sobre su incidencia en ellos. De la misma forma, en lo referido a la distribución de la propiedad de la tierra, la evidencia de que ésta también estuvo muy desigualmente distribuida en otros países con mayor crecimiento agrario no es óbice para evitar pensar que una distribución así, interactuando con otras variables como el medio natural o la dotación y precio de los factores productivos y los condicionantes sociales, pudo retrasar el crecimiento del sector.

Este libro creo que refleja un desencuentro creciente entre los investigadores del mundo rural español y quienes trabajan otros sectores o analizan la economía desde una perspectiva agregada. Si es posible que estos últimos sólo hayan leído muy parcialmente los avances logrados por los primeros y en ese sentido mantengan juicios y afirmaciones difícilmente sostenibles a la luz de las nuevas investigaciones, los historiadores del sector agrario han tendido hacia la introversión en el análisis de éste renunciando con frecuencia al estudio de su inserción en el conjunto de la economía, de la misma forma que han privilegiado los estudios micro frente a los macro, con lo que si su capacidad de conocimiento del sector ha crecido de forma espectacular, su voluntad de intervenir en los debates más generales ha caído paralelamente. Por ello, este trabajo debe de ser un punto de arranque de un futuro encuentro, de un debate en el que haya un espacio común para quienes trabajan desde ambas perspectivas.

Esta aportación ya es relevante, pero además el libro tiene el indudable mérito de plantear las preguntas adecuadas. Las respuestas son sin duda estimulantes, en ocasiones demasiado monolíticas y orientadas hacia una visión excesivamente optimista de los logros agrarios, pero sin duda útiles para profundizar en un debate necesario y sobre el que todavía hay mucho que decir.

VICENTE PINILLA